



Paula Gaviria Betancur

Entrevista realizada por: Valeria Arias y María Angélica García

“Yo creo que genéticamente debo tener una historia de sufrimiento, de privaciones, de lucha por la justicia y la igualdad. Eso está en la sangre, estoy casi segura”:
Paula Gaviria Betancur

Vamos unos años atrás, usted empezó la vida laboral en la Corte Constitucional. ¿Es ahí donde empieza a trabajar por las víctimas?

Me gradúo de abogada, y empiezo a trabajar en la Corte Constitucional por azar, porque una amiga me dice: “Oiga, allá están haciendo prácticas”.

Después, hay una vacante en el despacho del magistrado Eduardo Cifuentes. Yo aplico y quedo. No tenía muy claro qué quería hacer; sabía que tenía que ver con derechos humanos, con ayudar, porque desde chiquita he estado con esa obsesión de servir, pero no sabía qué, ni dónde, ni cómo. Igual era una super escuela estar ahí. Aprendí muchísimo. Tuve los mejores maestros.

Estoy hablando del año 96, cuando la Corte está en auge, cuando era la esperanza, porque estaba materializando las apuestas de la Constitución en unas propuestas muy progresivas, muy bonitas, de libertades, de igualdad.

¿Cómo pasó de ser abogada a convertirse en la primera jefa de prensa de la Corte Constitucional?

En algún momento en ese proceso decido empezar a estudiar periodismo, a hacer una especialización, porque siempre me ha gustado escribir. Ahí (en 1999) se da una coyuntura y es que el presidente de la Corte, que antes era mi jefe, Eduardo Cifuentes, decide proponer mi nombre para que me vuelva la jefa de prensa.

Hasta ese momento, en el 98, recordando que la Corte se creó en el 91, ningún magistrado se había dado cuenta que tenían la potestad de crear ese cargo. Él se dio cuenta cuando fue presidente. Me dijo:

–Oiga, ¿usted no quiere ser la jefa de prensa?

–¡Perfecto! porque está acorde con lo que estoy estudiando.

Soy la primera jefa de prensa de la Corte Constitucional. Entonces, era muy bonito porque era conectar todo lo que pasaba dentro y contárselo a la gente afuera. Pero igual era difícil porque yo no era periodista, o sea, terminé la especialización, pero no tenía la tarjeta profesional.

Para ese momento se había eliminado la tarjeta profesional para periodistas

¡Ya se había caído! Carlos Gaviria había tumbado esa sentencia, que es súper bonita, que dice que no se necesita. Hay que tener unas cualidades y uno estar sirviendo a la democracia 'y tal', pero no se necesita, no es una condición tener el cartón, la tarjeta profesional, para ejercer el periodismo.

Pero me la montaron horrible. Fue difícilísimo con los periodistas que creían que yo no me+recía estar ahí. O sea, una abogada qué va a estar haciendo ahí. Fue sufrido, pero súper retador y súper bonito.

¿Siempre su interés ha estado centrado en temas de conflicto, de víctimas, de restitución?

Después de la Corte, donde estuve cinco años, a mi jefe lo nombraron Defensor del Pueblo, entonces yo me fui a trabajar con él. Ahí me dediqué a todo el tema de comunicaciones. Y después, en la misma Defensoría, me dediqué al tema de promoción y divulgación de derechos humanos.

Posteriormente pasé a una organización privada, que se llama Fundación Social, que en ese momento estaba haciendo incidencia en el Congreso, en lo que era la discusión de la Ley de Justicia y Paz. Nosotros ahí empezamos a poner la pregunta sobre las víctimas, a decir a los congresistas: “ustedes no pueden sacar una propuesta de justicia alternativa para quienes están reintegrándose a la vida civil, sin tener en cuenta a las víctimas”. Estamos hablando del año 2005, cuando en el mundo empezaban a surgir esas preocupaciones, a salir principios internacionales sobre los derechos de las víctimas.

Durante un año se discutió la Ley que posteriormente terminó siendo archivada, como en el 2009, porque no había ambiente político, porque no había condiciones, porque el gobierno del momento (precedido por Álvaro Uribe Vélez) sentía que la Ley era fiscalmente insostenible.

A los pocos años, en ese monitoreo del Congreso, identificamos que había una iniciativa para trabajar el tema de las víctimas de la violencia. Acompañamos ese proceso desde la sociedad civil en lo que después se volvió la Ley de Víctimas de 2011.

Luego, en ese mismo año, el expresidente Santos me pide que dirija la Unidad para las Víctimas.

¿Esperaba que la llamaran para un cargo tan importante?

Sorpresa. No me lo esperé nunca, nunca ¡lo juro! Me llama el presidente Santos y me ofrece ser la directora de la Unidad para las Víctimas.

Es raro porque había gente que pensaba que yo estaba buscando ese cargo. Los políticos, porque claro era un cargo muy importante.

Y por primera vez, es decir, para asumir un cargo nuevo.

¡Exacto! Tenía eso de simbólico y también la posibilidad de hacer tantas cosas.

La Unidad, en cuanto a diseño institucional, la habíamos ayudado a hacer en ese acompañamiento que le hicimos al Congreso. Nosotros hicimos muchas mesas de expertos, trajimos gente de Perú, España... de diferentes lugares que tenían procesos similares para que nos ayudaran a pensar; obviamente, consultando a las víctimas sobre qué tipo de institución querían. Era también qué institución podía ser viable, la mejor para poder implementar esa ley tan ambiciosa, y de ahí salió la Unidad para las Víctimas. O sea, la habíamos diseñado y concebido nosotros, pero no para después dirigir la política, no era la intención. Entonces a mí sí me sorprendió.

Podría describirnos la escena. Cómo llega esa propuesta en el año 2011.

Me acuerdo que ese día, mi hija había empezado el colegio y estaba en un concurso de natación. Estábamos allá, un día entre semana, y de pronto una mujer me llama y me dice: "Oye, ¿a ti esto te suena?, ¿te interesaría?"

Me tuve que sentar (estaba sorprendida). Yo sabía qué implicaba, sabía las exigencias, los retos, dónde me estaba metiendo. Son esas cosas que en la vida a uno le pasan porque sin darse cuenta las trabaja y le llegan de pronto. Entonces le dije que habláramos, no le dije sí en ese momento.

Después recibí otra llamada de una persona que trabajaba en la Presidencia y que era mano derecha de Juan Manuel Santos, y me dijo:

–Oiga, me están hablando de usted. Yo me presento... quiero saber si le interesa, para saber si nos movemos con el tema.

–Pues me siento súper honrada. Déjeme yo lo hablo en mi casa...

Entonces me senté con mi esposo, con mi mamá, con mi papá, y les dije:

–Mi nombre está sonando para esto. Lo que quiero que sepan es que si yo acepto, no lo puedo hacer sola, necesito que me rodeen, porque voy a seguir siendo la mamá de mi hija, pero voy a estar un poco apartada. Lo hago solo si cuento con el apoyo de ustedes.

Mi esposo dijo:

–Yo prefiero que cuando nuestras hijas sean grandes puedan sentirse orgullosas de su mamá. Me parece más importante poderles decir que su mamá no dejó de hacer nada por ellas, que estaba cumpliendo un sueño, que la puedan admirar; en vez de decir "no, me quedé cuidándolas".

Y un día yo estaba en la casa y recibí una llamada:

–¿Señora Paula Gaviria?

–¿Sí?

–Un segundo por favor...

Y pasa un señor que habla muy raro, y yo pienso que me están molestando, o sea, yo pienso que no es verdad. En ese momento estaban dando el programa Los Reencauchados (parodia política), que veía a veces y ahí lo imitaban a él, y la voz, yo la sentí igualita. Entonces yo solo me imaginaba a Los Reencauchados, mientras hablaba con él. Yo pensaba: “Esto es mentira. Alguien me está ‘mamando gallo”.

–“Hola, soy el presidente Santos, es que me han hablado mucho de usted. Yo no sabía que usted existía, pero me han hablado mucho de usted por distintos lados, y quiero invitarla a que lidere la política más importante de mi gobierno. El mundo, la humanidad, nos está mirando. Esto es un ejemplo para el mundo.

–Me siento muy honrada. Muchas gracias.

Estaba súper nerviosa, porque otra vez el destino, muy grande, hermoso, es un regalo, pero no era cualquier reto.

Cómo se concreta su nombramiento de primera directora de la Unidad para la Atención y Reparación Integral a las Víctimas

Desde septiembre empecé a trabajar solita; empecé a trabajar antes de estar contratada. Eran condiciones muy precarias para mí porque no tenía quién me ayudara, no tenía equipo, no existía la Unidad, no podía ir a esas reuniones donde se iban a tomar decisiones que, eventualmente, afectarían el desempeño de la institución que yo iba a dirigir.

Incluso, tengo una anécdota: Un día recibo un correo de una persona que me dice: “Hola, soy Milena Morales, me acabo de graduar de la universidad. Vi y leí que te designaron en este cargo. Si quieres te ayudo, qué necesitas”.

Y esa niña se volvió un ángel para mí. Yo no le podía pagar porque era una voluntaria que apareció del cielo. Con ella logramos estructurar un montón de cosas. Y después, en diciembre, tocó construir con la Función Pública la Unidad.

Había un café al lado de mi casa que se llama Andante. Mi oficina era Andante. Ahí empecé a reclutar gente, a hacer entrevistas. Entrevisté a la que después fue la secretaria general, el jefe de presupuesto, la jefa de planeación, el director de una cosa, la otra. Yo tenía claro con quién iba a hacer equipo, pero diciembre transcurrió sin que me nombraran.

A todas estas, el 6 de enero de 2012 me llegó la resolución de nombramiento, fue por ventanilla porque el Presidente no estaba.

En medio del proceso de creación de la Unidad de Víctimas, ¿percibió alguna molestia por el hecho de ser mujer y ser la directora?

Pues es que cuando hay discriminación en razón del género, a veces es muy sutil. Creo que ese es el mayor problema.

Ese cargo tenía una importancia simbólica. Lo que siento es que había una combinación de... '¿esta señora de dónde salió?', por ser joven y mujer. No era tan fácil negociar con otras autoridades del gobierno. Procuraduría y Defensoría fluyeron, pero con otras no era tan fácil. Con las ONG's, que eran aliadas mías en la época en la que estábamos ayudando

a hacer la Ley de Víctimas, tampoco fue tan fácil, porque fue como 'bueno, esta señora estuvo al final en la discusión de la Ley, pero no tiene la trayectoria'. Había celos...

¿Y algún comentario basado en discriminación de género?

No, pero no era fácil. No era fácil en el mundo de los políticos, la mayoría también hombres, con los que pasaba todo el tiempo. No era fácil con un perfil técnico, porque yo era técnica ; casi siempre hay una tendencia a que hay cargos que son más políticos, que nombran personas que tienen compromisos políticos, y yo no. Entonces eso también generaba... se sentía un poquito de machismo en eso.

Considera que logró colocar a las víctimas en el centro de una institución, cuando históricamente los gobiernos no les habían dado un lugar prioritario.

Para mí eso fue súper prioritario, que la gente que estuviera ahí fuera gente muy sensible. Yo les decía todo el tiempo a los funcionarios: "El privilegiado no es de la víctima por estar acercándose a hablar con usted que es el funcionario. El privilegiado es usted que tiene la oportunidad de que una víctima le esté dando la confianza para que la atienda. Porque eso que las víctimas han vivido, esa capacidad de salir adelante que ellas tienen, lo único que puede representar para usted, en su vida profesional, es una oportunidad. Usted no le está haciendo un favor a nadie, es la víctima la que está confiando en usted".

Había una mirada de ese relacionamiento muy humana. Le trabajamos mucho a eso, mucho, mucho, mucho. En comunicaciones. Y había un enfoque psicosocial en la Unidad. La mayoría del equipo directivo eran mujeres.

¿Usted decidió que la acompañaran mujeres o fue algo orgánico?

El equipo que estuvo detrás de la Ley, en un 95% éramos mujeres de organizaciones sociales. Y el equipo con el que yo trabajé en la Fundación Social eran mujeres.

Ese equipo, que era de toda mi confianza, gente con mucha trayectoria, con mucha sensibilidad, que conocía la Ley, se volvió después el equipo directivo. De ahí salió la subdirectora de la Unidad, la directora de Nación Territorio, la directora de Retornos y Reubicaciones.

¿Fue complejo unificar la información de todas las víctimas del conflicto?

Claro. Nosotros nos montamos sobre el registro que tenía Acción Social (institución que precede a la Unidad de Víctimas). Acuérdense que la Ley 387 del 1997, que es la ley de desplazados, preveía que se hiciera un registro. Acción Social tenía un registro de cuatro millones de desplazados aproximadamente.

Entonces lo que había que hacer era integrar otros registros por secuestro, violencia sexual, desaparición, entre otros, y los registros que había dispersos en las diferentes entidades del Estado había que unirlas en el Registro Único. Y sobre esa base empezar a buscar al resto de las víctimas. Entonces vino toda esa construcción por ejemplo con la Procuraduría y la Defensoría, de algo muy importante que es la puerta de entrada al Registro: el formato de la declaración de víctimas.

Porque la ley tiene una premisa que es muy importante: parte del principio de la buena fe. Entonces la carga de la prueba para demostrar que una persona es víctima le corresponde al Estado; la víctima no es la que te tiene que demostrar que ella sí fue afectada directamente por el conflicto.

La Unidad llegó a tener cuatrocientas personas dedicadas a estudiar las declaraciones.

Las historias de las víctimas son muy duras. Recuerda alguna en particular

Ahí con ellas (con las víctimas), en los momentos en que estábamos con la gente. Me acuerdo en un lugar que se llama Las Brisas, que fue donde ocurrió la masacre de Mampuján, en Montes de María. Ese fue el primer viaje que yo hice a territorio. Y ahí la comunidad me quiso llevar al lugar donde habían matado a los campesinos, un señor que se llama Rafael Pozo nos dijo: "Estos son los árboles de tamarindo en donde colgaron vivas a las personas que habían herido... Vengan, les quiero mostrar unos dibujos que no he mostrado antes. Unos dibujos que hice después de la masacre de cómo quedaron los cuerpos".

Nos sentamos en una chozita en la mitad del campo, a ver esos dibujos y eran... pues eran... personas a las que se las estaban comiendo unos perros. Cuerpos que estaban siendo destrozados. Una cosa aterradora.

Se le va a uno el aire, no sabe uno qué responder ante tanta atrocidad. Se te escurre la lágrima, tragas saliva, pero te toca... eres una funcionaria que tiene que dar consuelo. Creo que hay un tema de empatía, que ellos vean que uno entiende su dolor, pero no puedo quedarme llorando ahí con ellos todo el día. Tengo un rol, tengo una respuesta que debo dar como institución.

Cómo enfrentó la desconfianza de la gente, y por su puesto de las víctimas, al Estado

Por ejemplo, en Mampuján, la primera vez que fui me dijeron:

-Necesitamos que usted nos diga por qué esta vez podemos confiar en el Estado, que nos ha quedado mal durante tantos años ¿por qué en usted sí podemos confiar?.

-Pues porque estoy acá. Díganme si alguien ha venido hasta aquí.

-No, no ha venido nadie.

-Ok, pues yo estoy acá y les pongo la cara y me comprometo a cumplir.

Esa gente unos años después me dijo: "Nos cumplió. Gracias a ustedes volvimos a creer en el Estado".

Pero entendemos que las condiciones de la Unidad para las Víctimas tampoco eran las mejores. Había dificultades de presupuesto, de personal, de tecnología.

Total, total, total. Había barreras de información. La información nunca era suficiente sobre las víctimas. Recursos insuficientes, insuficientísimos. Había que planear para que progresivamente se fueran dando las respuestas. Coordinar muy bien para que lo poquito que había estuviera distribuido. Y de capacidad, porque aunque éramos grandes, no podíamos estar en todas partes, no podíamos estar de manera oportuna.

Además, esto está pasando en medio del conflicto armado. Seguía la violencia, entonces había una línea de trabajo muy fuerte que era humanitaria. La Unidad se iba todos los días a recoger muertos, a atender desplazados; a la par que tenía que reparar, que atender. Era un desafío grandísimo. A veces también es muy frustrante, pero tienes que hacer lo mejor que puedes con lo que tienes y que esa persona con la que interactúas lo sienta así.

Yo me encontraba con gente que me decía: "Ay doctora, yo le pasé mi derecho de petición y mire lo que me respondió". Yo leía y eran unas respuestas ridículas, y yo decía "cómo... uy, qué pena, cómo le respondimos eso a esa señora". Claro, pero todo era tan masivo, que tú tenías era como una fábrica de producción de respuestas.

Y a usted después, en 2016 el mismo Santos la nombró Alta Consejera de Derechos Humanos. Cómo siguió en ese cargo enfrentando la desconfianza

Después de haber estado en la Unidad, fuimos a Trujillo, Valle del Cauca, luego de una masacre terrible (en el año 2017), a hacer alguna cosa con la Consejería, me acuerdo que una señora al final me estaba buscando:

-Ay doctora, necesito hablar con usted. Quiero darle las gracias.

-¿Por qué?

-Porque usted me mandó una carta que decía que sentía mucho lo que me había pasado, y que usted reconocía que yo era víctima. Usted fue la primera persona que creyó que esto me pasó, y que creyó en mí.

Paula, usted es nieta del expresidente Belisario Betancur, ¿tiene eso influencia en su lucha por las víctimas?

Hay dos cosas. Una, toda la apuesta de él por la paz. Él fue candidato cuatro veces y, por lo menos, en dos de esas candidaturas su bandera fue la paz. El Partido Liberal se

dividió, o sea, él estaba contra López Michelsen y después contra Galán; y cogió esos votos liberales. Votó mucha gente por él con la promesa de la paz.

Hoy tú te encuentras todavía con gente, un poquito mayor que yo, que en esa época tendría 18 años, que dicen que su primer voto fue por él. Gente que despertó la conciencia política con esas últimas elecciones, porque él hizo un llamado a la unidad nacional, al movimiento nacional, que era que todos teníamos que apostarle a la paz.

Creo que también hay una cosa que he analizado últimamente y es que él tuvo una niñez de muchísima pobreza, de extrema pobreza. Todavía no sabemos si es totalmente cierto o no, pero él decía que tuvo 22 hermanos, de los cuales murieron 17. Por lo menos 15 sí tuvo. Muchos nacían casi muertos o se morían a las horas. Otros se morían de hambre. No había condiciones médicas. Nada. Él fue una persona que 'se superó', como se dice coloquialmente, y siempre quiso que nosotros no sufrieramos lo que él sufrió. Era obsesivo con eso, y también con la justicia, con la igualdad. Yo creo que genéticamente debo tener una historia de sufrimiento, de privaciones, de lucha por la justicia y la igualdad. Yo creo que eso está en la sangre, estoy casi segura.

Y segundo, a nosotros nos marcó mucho el caso del Palacio de Justicia (toma y retoma en el año 1985). Dividió un antes y un después en la historia familiar, nada que hacer. Nosotros estábamos en México y eso lo vivimos desde allá con muchísimo dolor, porque no podíamos estar acá con él, ni con mi abuela, siendo solidarios y acompañándolos. Eso también partió su gobierno en dos; con todo ese mensaje de “¿usted no era el pacifista? ¿el que prometía el diálogo? ¿por qué no dialogó? ¿por qué metía las tanquetas? ¿por qué los desaparecidos?”.

Entonces, yo creo que eso, sin que sea muy racionalizado, a mí me influyó en cosas de derechos humanos, no sé... Y creo que hay una última cosa que es vocación de servicio, de estar al servicio de los demás.